

Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION. 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

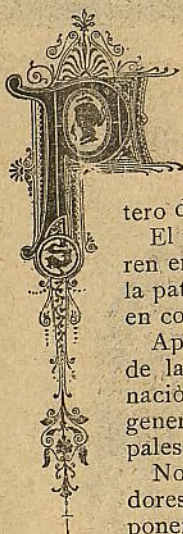
JOSÉ LUIS PELLICER



Yo no sé que mala idea
tuvo el Todopoderoso,
que con genio tan hermoso
le dió una cara tan fea.



La Semana



PARA probar la resistencia de un puente recién construido, hay quien hace pasar sobre él y á todo galope un regimiento entero de caballería.

El mismo procedimiento quieren emplear algunos padres de la patria con la «ley del sufragio» en construcción.

Apenas salga, vivitay coleando, de las Cámaras, desean que la nación haga con ella elecciones generales, provinciales y municipales.

No sabemos si los patrocinadores de ese proyecto querrán poner de relieve todas las ventajas prácticas del sufragio universal, ó buscarán piadosamente el descrédito del mismo en los tropiezos y dificultades que toda ley nueva halla en el camino al ponerse en práctica por primera vez.

Lo cierto es que si la política española tuvo su período constituyente, ahora va á entrar en la época disolvente.

Se van á disolver los Aynntamientos, las Diputaciones, los cuerpos colegisladores y demás cuerpos solubles, bien por la vía húmeda, bien por la vía seca.

El sufragio, que antes se aplicaba á las almas, vamos á aplicarle ahora á los cuerpos... ú organismos del Estado.

Un amigo mío ha bautizado ya á las primeras elecciones que se hagan con la ley del sufragio

Las llama elecciones de *Requiem*.

Ochocientos millones de reales, es decir, ochenta premios grandes de la Lotería de Navidad, ó sea el caudal suficiente para hacer de ochocientos ganapanes ochocientos millonarios... esa es la bicoca testamentaria que ha dejado el duque de Montpensier.

La modestia del difunto no ha podido quedar mejor probada.

El hombre que ostenta un ducado solamente, pudiendo enseñar un cúmulo de ellos, es la humildad en persona.

La muerte del duque ha dado ocasión á los moralistas callejeros para defender la

teoría de que todos somos iguales ante la muerte, haciendo la eterna paráfrasis del inmortal panegírico de Bossuet sobre el tema: *Vanitas vanitatis et omnia vanitas*.

Pero en este punto, más que con Bossuet y sus imitadores, estoy con aquellos baturros cuyo diálogo es ya popular en mi tierra.

—Oye tu—decía uno de ellos;—pa que digan que en la muerte toos semos iguales! Ahí tienes un rico que se murió ayer y mira con que lujo lo llevan: coronas, cirios, lacayos, músicas y detrás todo el señorío y todos los coches de la población. Pues mira si mañana me muero yo iré solico en el carro del Hospital ¡y gracias!

—Si, ¡en el carro!—añadía el otro filosóficamente—¡como no te tengas que ir á pié!

Es, sin embargo, un consuelo para los pobres ver que también los ricos se mueren y pensar á renglón seguido en aquella máxima evangélica que dice: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico por las puertas del cielo.»

Y eso que la tal sentencia anda algo descreditada en los tiempos modernos, porque vemos á todas horas que muchos brutos—no camellos precisamente—se meten por el ojo de una aguja.

—Ya ha visto V lo del duque—decía un moralista—¡si la muerte nos alcanza á todos!

—Distingamos le respondieron;—que un hombre con 800 millones, no es tan fácil que «salga alcanzado» ni por la muerte ni por nadie.

Envidiamos á los herederos.

Ellos pueden dedicar al difunto este epitafio corto y expresivo:

«A él le ha llegado su hora y á nosotros sus cuartos.»

Un caballero explicaba del siguiente modo la prisión del duque de Orleans:

—Un nieto de Montpensier, del que acaba de dejar esa millonada, ha ido á París diciendo que quería cojer el chopo. Vamos, hombre ¡si eso era tomarles el pelo á los pobres franceses!

Vuelve á agitarse la cuestión de límites de Gibraltar; *Gibraltar Limited*, como diría cualquier falsificador de cerillas inglesas.

El tratado de Utrech, que siempre ha sido muy mal tratado para nosotros, es ahora *maltratado* por los hijos de Albion.

Estos—según lo pactado—no tienen derecho más que á la peña monda y lironda, pero como «quien quiere al peñón quiere á las hojitas de alrededor» resulta, que van

extralimitándose hasta el punto de que si la posesión inglesa se asemejaba antaño a una escueta montera de gallego, ahora va tomando la forma de un chambergô con amplias y atrevidas alas.

En la actualidad pensaban construir un dique metiéndose en tierra española.

Es decir—hablando en lenguaje taurino—que querían colarse en nuestro terreno barbeando las tablas.

A propósito de esto, celebró una *interview* uno de los más activos *reporter*, con uno de los más reservados *gentlemen*.

--Ustedes no piensan salir de su terreno ¿verdad?

— *Yes*.

—Ustedes respetan la integridad de nuestro territorio ¿no es cierto?

— *Yes*.

—Sin embargo, se dice que piensan ustedes construir un dique...

— *Di que no*.

Si, como no es probable, la cosa se enreda, veremos qué actitud toman los de San Sebastian.

Porque la reina Victoria les regaló un jarrón.

Y habrá llegado la hora de ponerse en jarras.

LUIS ROYO VILLANOVA.

AFINIDAD DE LAS ALMAS

I.

Con el viejo violín bajo del brazo,
cubierta la cabeza con sombrero
como sus ropas sucio y doble que ellas,
si en lo posible cabe, roto y viejo;
Sarasate deleite de criadas,
y de niñas sensibles dulce ensueño,
va por la villa, cual judío errante,
pidiendo una limosna, el pobre ciego.

Parado frente á frente de la casa
donde habita la cándida Remedios,
—que acostumbra á tirar al lazarillo
los cuartos que la suele dar su abuelo—
desenfunda el violín, con el donaire
que lo pudiera hacer un gran maestro,
mientras va, el lazarillo, haciendo cálculos
de las sisas que hará á su pobre dueño.

Ya roza el arco por las viejas cuerdas...
¡Qué desafinación!... ¡Trozo m' s. viejo!...
La gente pasa; al contemplarle rie...
Y ¿es verdad que da risa? ¡Ya lo creo!
Escuchad lo que dice un estudiante:
—«Tome V. y no toque.»—Caballero,
Dios le pague con creces la limosna,
—contesta el *Paganini* sonriendo—
y dispense si toco de este modo,
mas para lo que pagan... ¡soy un génio!

II

Remedios, nuestra niña, es una rubia
con unos ojos de color de cielo,
y un rostro en que se ven dos frescas rosas,
y unos labios tan rojos como el fuego.

Como todas las niñas de diez años,
sueña con el amor de ángeles bellos,
—pues en amar, se pasa el sér la vida
desde el día en que nace hasta el postrero.

Preocupa su mente lo imposible
de no ver tan allá como su abuelo,
ni saber el *por qué* de muchas cosas...
que ella presente entre rubor y miedo.

La extasia el cantar de un pajarito
y jugar con las flores es su anhelo,
y es la música cosa que la agrada...
¡sobre todo la música del ciego!

Todos los días al balcón le espera;
ninguno falta el pobre pordiosero;
sabe que por tocar, junto á la esquina,
una pieza no más le dan... ¡diez céntimos!

Ya le había enterado el lazarillo
de quien era la niña, y pues ro ciego,
(cuya edad me olvidé deciros antes:
¡veinte años nada más!) sintió en su pecho
nacer la simpatía dulce y grata
que despierta el afán de un ángel bello.

—¡Mi música la agrada!—pensó al punto—
Pues mi música es música de cielo,
ya que gusta á los niños inocentes
y la escuchan tranquilos los abuelos.
¡Qué injusto que es el mundo! ¡Hay quién se rie
al escuchar mis sonsónetes viejos...!
¡Quién pudiera no oírles!... El que es sordo
casi, casi es feliz, pues ya voy viendo
que, en este mundo, para estar tranquilo
se debiera ser mudo, sordo ¡y ciego!
ó tener como Job mucha paciencia,
ó haber nacido millonario y nécio.

¡Millonario!... ¡Millones! ¡Qué palabras!...
Y ¿es posible que exista tal dinero?...
Si me lo dieran... yo... ¡lo despreciaba!
¿Qué más fortuna que un violín muy viejo?

—Tocaré la canción que á ella le gusta...
No la he visto, Dios mio y ¡cual la quiero!

¿Que no toque ya más? ¡por qué muchacho?...
¿Que no está en el balcón? ¡qué raro es eso!

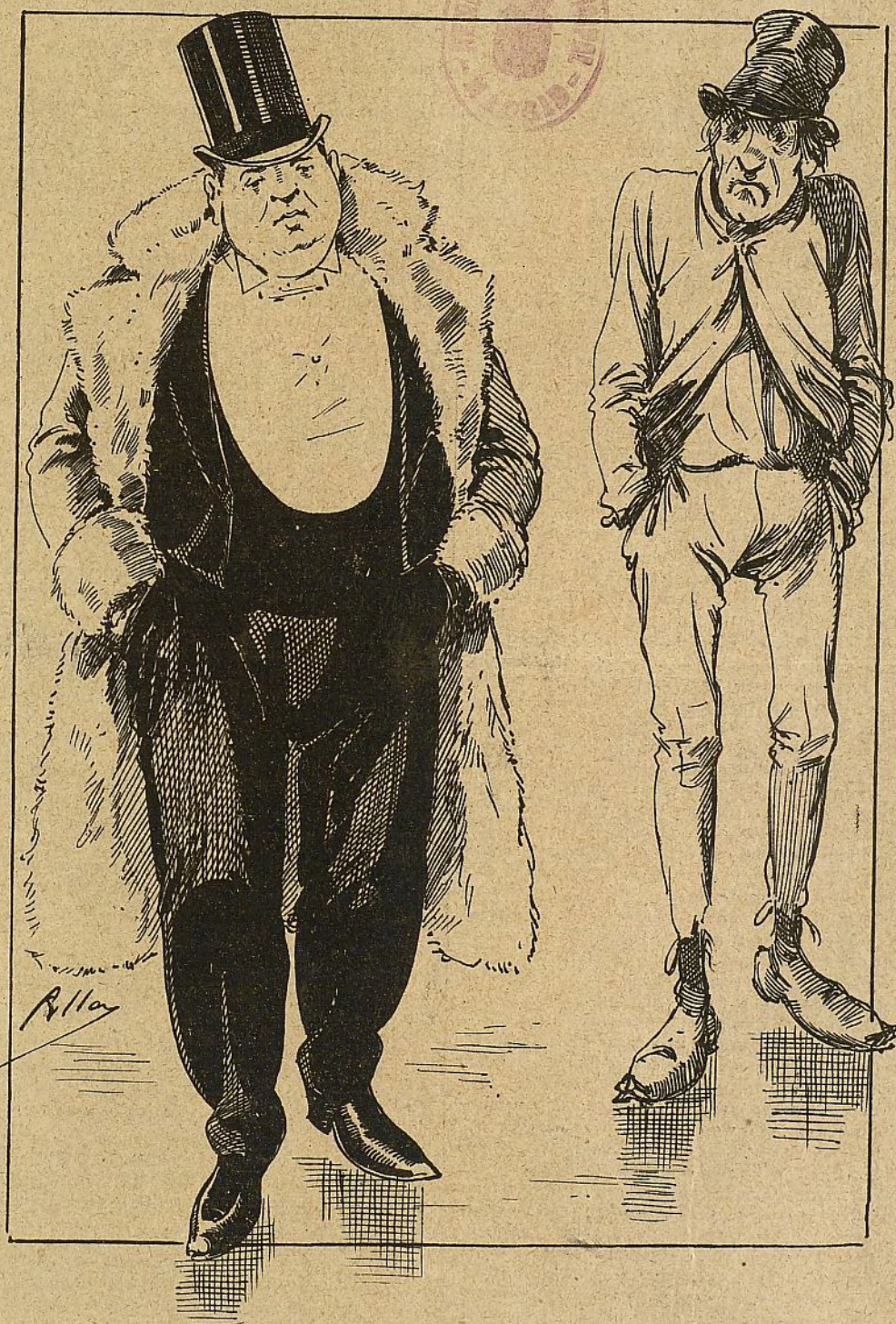
Ejecuté dos piezas y no sale.
Ve y pregunta en el patio por qué es ello.

¡Ha muerto esta mañana! ¡Cielo santo!
Era un ángel, ¡y el ángel se fué al cielo!...
Y dicen me nombró; ¡suprema dicha!

ALEGORIA POR CILLA



EL ANVERSO Y EL REVERSO POR CILLA



Un pobre hombre

y un hombre pobre

Sin duda me querría cual la quiero.
Y esta moneda se encontró en su mano
y diz que la guardaba para el ciego.
¡Diez céntimos! ¡diez!... los de costumbre...
Voy á comprar un cirio ó dos, con ellos.

Pero antes tocaré frente á su casa..
¡Es por última vez!... ¡Me oirá en el cielo!

Y secando sus lágrimas, entona
una triste canción el pobre ciego.

LUIS DE VAL.

LA PRIMERA PIEDRA

Al insigne poeta Juan de Arzadun.

I.

Adelaida Govan ya había saltado aquella terrible valla. No le faltó ánimo. Puso tras de la silenciosa espera, la previsora astucia; preparando el mal, había permanecido largas horas, pensativa, mirándose sus manos blancas, finas y pequeñas, los dedos, gordos, carnosos, livianos y juguetones como lindas personitas desnudas que representarían una danza tentadora. En sus dedos bien cuidados y ociosos, había empezado la perfidia. Temblorosos y estendidos, presos por una mano honrada, recibieron ante el altar el lazo sagrado del matrimonio bendito. También ellos, por presiones suaves, habían jurado lealtad eterna; y ellos después, al cabo de dos años, tras de los cristales de un balcón, marcaron con rápidos movimientos, el trazado del lenguaje sordido del mudo y artero adulterio, tejieron la traición.

Un hombre oculto en el sombrío portal de una casa, había traducido aquellas traviesas significaciones, como misteriosos ademanes de la evocación a un crimen.

Preparándole, se había contemplado las manos; ya realizado, las miraba pensativa. Pero... el crimen se había cometido. Las horas de la fuga, fueron llenas de estímulos y terrores; el viaje, rápido y agitado; la realidad tuvo compresiones y desvanecidos relieves, difusión de pesadillas, fué como una mezcla del terror y del deleite. Adelaida dejó de mirar sus manos y pasó su mirada por el estrecho gabinete del hotel... un cuarto que tenía número como el catre de un hospital ó el calabozo de un presidio. Allí había un lecho que daba miedo mirarlo: lecho de alquiler; lujoso pero triste cama, no para el descanso, sino para el tormento.

Cesar y ella habían representado admirablemente su papel de esposos; á ella le había causado espanto hallar á su amante tan habil en el disimulo, tan diestro en el fingimiento. Puede que ella también hubiera inspirado á su amante igual repugnancia.

Adelaida se sentía mejor descansando en la soledad. Descanso lleno de tormentos. Un frío intenso, una vergüenza que á su pesar sentía la fugada, le infundieron miedo, y deseo de que tornase á aparecer su César, el joven audaz, y con él la arrebatadora pasión, el olvido de todo.

Pasaban y repasaban de una á otra parte por los pasillos del hotel los camareros ó los vecinos de cuarto; oyóse, pared por medio, el pujante gorjeo de una alegre voz de mujer que cantaba con desenfado loco; tal vez la vecina fuera alguna actriz de zarzuelas *pornográficas*, ó alguna cinica *horizontal*...

El canto; cuando es lúbrico, se muestra en variaciones vivisimas, ó se apoya en notas guturales intensas como un inarticulado instintivo... La canción

aquella por su letra y por su música era vergonzosa.

Entonces se le ocurrió pensar con gozo á Adelaida en que se había vengado y burlado de su marido, aquel hombre receloso, tético, un pobre hombre envejecido por el trabajo, y que lleno de desconfianza la había atormentado, y casi le achacaba ella la culpa de todo... Si: él la había precipitado... ¡no cabía duda! Adelaida extremaba su reflexión en componer con minuciosos y supuestos accidentes una justificación ficticia.

—¿Qué hará á estas horas? se dijo con espanto; y la aterró la idea de que hubiera apelado al suicidio... ¡Al fin apelar al suicidio era hacerles á César y á ella causa de un crimen!

En esto la voz cesó de cantar, se oyó el brusco cerrar de una puerta, luego el crujir de la seda, pasos menudos... La vecina se iba, soltando como pios, notas á media voz de la canción que antes había entonado, y por fin todo quedó en silencio. La mujer se marchó, muy contenta sin duda, y muy alborozada, á correr su alegre vida de la mitad primera de la noche.

—¿Sería hermosa aquella mujer? ¿La vería César? ¡Oh, que celos más espantosos engendra el conocimiento de la traición!

César tardaba; había ido á enterarse de que buque saldría más prontamente para Italia. ¡Audaz locura, huir á Italia!

—¡Oh sí, pronto, pronto, huir, huir! pensó llena de agitación.

De repente oyó el ruido de nuevos pasos, de nuevo el crujir de seda y luego dos golpes en la puerta de su cuarto. ¿Esa mujer?... pensó Adelaida.

—¿Quién? exclamó con enojo.

—Abra, señora, abra; dijo la voz, la misma que había cantado poco antes.

Á Adelaida no le sería jamás desconocida aquella voz. Halló Adelaida que aquel acento era simpático á la desnudez de la culpa...

II.

Entonces Adelaida recordó que al propio tiempo que César y ella habían llegado al hotel, había llegado una de esas mujeres que llaman *entretenidas*; era la vecina.

—¿Se atreverá á entrar aquí? pensó Adelaida, y se avengonzó rápidamente de este escrúpulo, á que ya no tenía derecho. Sin embargo, Adelaida era culpable por amor, y aquella mujerzuela por vicio... La diferencia... era un consuelo.

Esto pasó rápidamente en el corazón y por la cabeza de Adelaida, pero no tan pronto que la impaciencia de la persona que llamaba á la puerta dejara de irritarse.

—Vamos, abrid...

Adelaida abrió, obligada por temor desconocido. Era, en efecto, la entretenida; hermosa mujer; lo vio así Adelaida con invencible encono.

—Vamos pronto, mujer; salga de aquí; dijo—la desconocida—acaban de prenderle á él en la puerta de la fonda. Sube el juez á prender á V.; ocúltese en mi cuarto. Puede ser que no se les ocurra registrarlo.

Ha ta que el ruido hecho por los curiales en el registro de su habitación hubo pasado, Adelaida, oculta en el cuarto de aquella mujer, no comprendió, tal era su espanto, la horrible solidaridad que había reconocido como establecida y lógica, entre ella y la meretriz, aceptando su amparo.

Quiso salir, ¡ah, pero estaba aterrada!

—Vaya, todo pasó, lo malo es que hayan prendido á su querido... dijo la aventurera, ¡es un buen mozo, y es chico elegante!... ¡Pero qué tiene usted, mujer? Tranquilícese, que todo pasará, y una por otra, todas las mujeres debemos servirnos. ¡Pues hay cosa más desgraciada que la mujer? ¡Ay, mi madre!

La luz de la lámpara temblaba con el aire agitado al ir y venir de aquella mujer por la habitación. La aventurera se paraba á veces á mirar su hermoso rostro en el espejo, ó contemplar luego con lástima á Adelaida, que hundida más que sentada, yacía en un sillón, con la cabeza baja y las mejillas resaltando por color encendido.

—¡Ay, hija mía, prosigió diciéndola entretenida, todos tenemos que pasar en este mundo... Por supuesto, que yo desde luego comprendí, al verlos, que eran Vdes dos palomos ladrones... Yo me dije: ¡Cá estos no son marido y mujer!... y por eso no me he propuesto hacer la tonta con él... ¡Josus, mujer, no se apene tanto... Si usted pudiera venir conmigo á distraerse, se divertiría esta noche... pero entonces corría peligro...! Qué cosas hace una por los hombres! ¡Que perros son! ¡pobrecita! Yo estaba en una fábrica, era una mocita y luego un arrastrao me dejó con una hija en los brazos... Lo que yo pasé por mantener á la criatura!... hasta que me dije: ¡A vivir! y vivo y ni la tierra sabe que tengo mi niño en un colegio... un colegio de mucho coste y mucha religión... Pues por mi hijo de mi alma... tengo llorado más... y por él hago la perdida vida que llevo... ¡que le he de hacer?... Ya pronto será un hombre, yo vieja y nos iremos al fin del mundo, á un rincón donde yo goze con lo que será mi hijo y él no sufra con el conocimiento de lo que yo he sido.

Dijo esto con voz grave, y reposadamente. Luego cambió de acento; y dirigiéndose al espejo se detuvo ante él y comenzó su tocado, hermoseando con maestría su rostro y sus blondos cabellos y prosiguiendo la charla con voz voluble, ora sentida, ya denotando suma audacia y desenvoltura

¡Y pensar que aquella mujer era una de las que

Adelaida había mirado antes con profundo desden, en los teatros y en los sitios públicos, considerándolas como vivos ultrajes de las mujeres honradas!

Adelaida la había escuchado en silencio

Por fin, ya dispuesta para salir la entretenida, dijo que ella se llevaría la llave dejando á Adelaida encerrada; y la invitó á que se acostara en su cama; la aventurera no tornaría al hotel por lo menos hasta la madrugada.

—Vaya, hija mía, descansen V. —ya verá yo... Tengo amigos en todas partes y puede que todo se arregle... desgraciadita. ¡Lo que ha hecho V. por ese hombre... y siendo casado...! Verdad es que hombre por hombre... igual dá dijo la entretenida. Y añadió con acento sentencioso: Lo malo es cuando se tiene hijos. Y llegando por el tono hasta una serevedad, en aquella mujer bien extraordinaria, añadió:—¡V. no tendrá hijos, verdad?

Y miró con temor y fijeza á Adelaida.

Adelaida, después de un ligero estremecimiento, movió la cabeza en sentido negativo, convulsiva y agitadamente.

—¡Oh, claro está señora! Era la primera vez que le aplicaba este nombre, la cortesana—¡A la mujer que abandona á sus hijos, mala puñalada le den en las entrañas; es peor que una loba rabiosa!

La aventurera salió, cerróse la puerta... y Adelaida lanzando un rugido, cayó de rodillas y rompió á llorar. Su sensibilidad y su conciencia embotadas, habían revivido ante las palabras de la mercenaria...

Sola, en una profunda soledad, midiendo todo el fondo de su abyección, comenzó para Adelaida el horror de la culpa.

III.

A la mañana siguiente, al entrar la aventurera en la habitación, hubo de retroceder aterrada...

Con un pliego justificador del hecho, y dirigido al juez, en una mano, y un bote de láudano en la otra, crispadas, rígidas ambas, tendido, cetrino y amoratado por el tósigo, se hallaba el cadáver de Adelaida.

Bien agena se hallaba la entretenida de pensar que ella había dado el golpe mortal á aquella desdichada, bien agena de haber lanzado con sus últimas palabras la primera piedra sobre la adúltera.

No obstante, aterrada y sumida en honda reflexión, se dijo á sí misma la cortesana:

—¿Sería madre? ¿Sería madre esta mujer?

JOSÉ ZAHONERO.

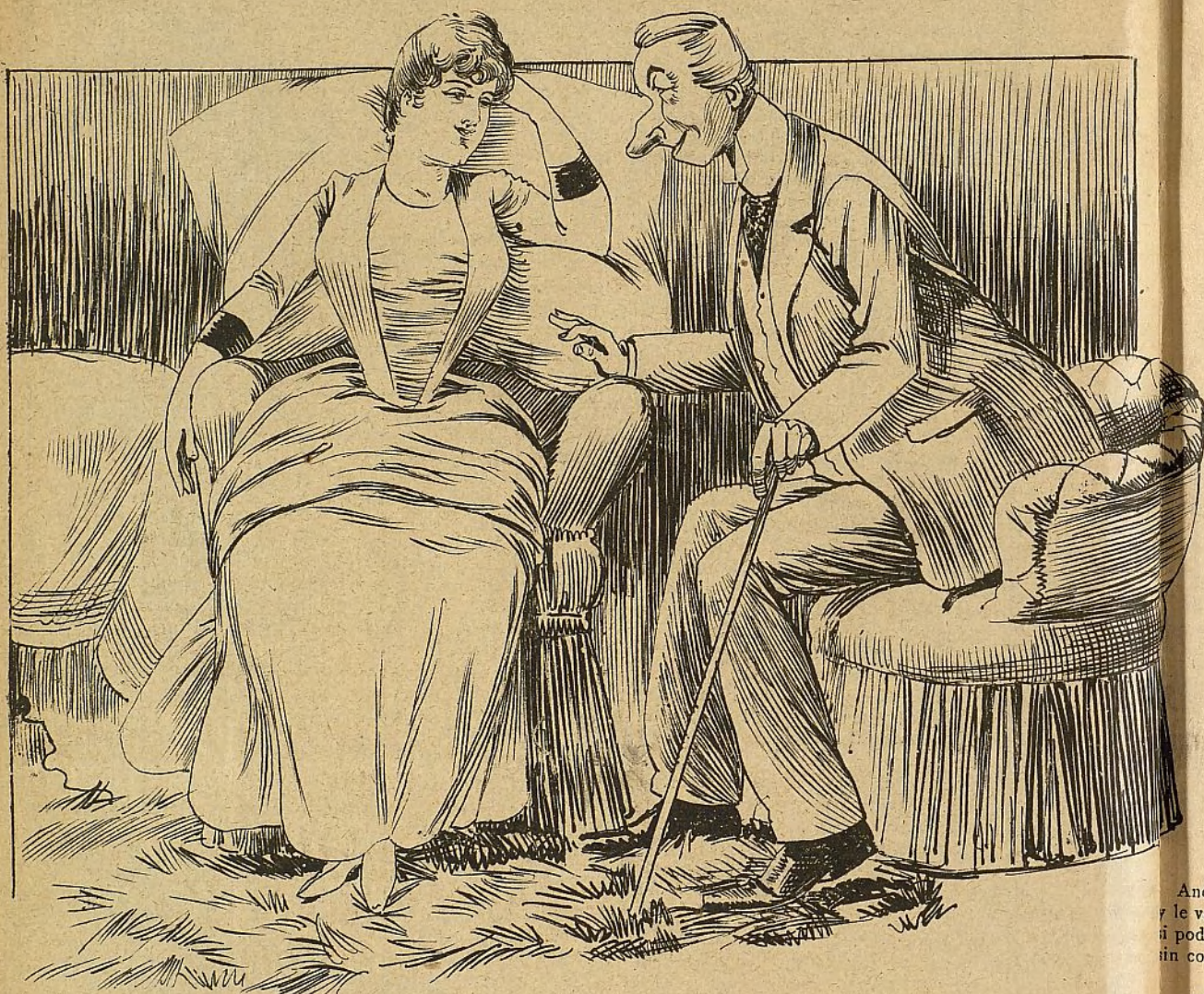
¡ NO ME ACONSEJES !

(A MI QUERIDO AMIGO ANSELMO GUERRA)

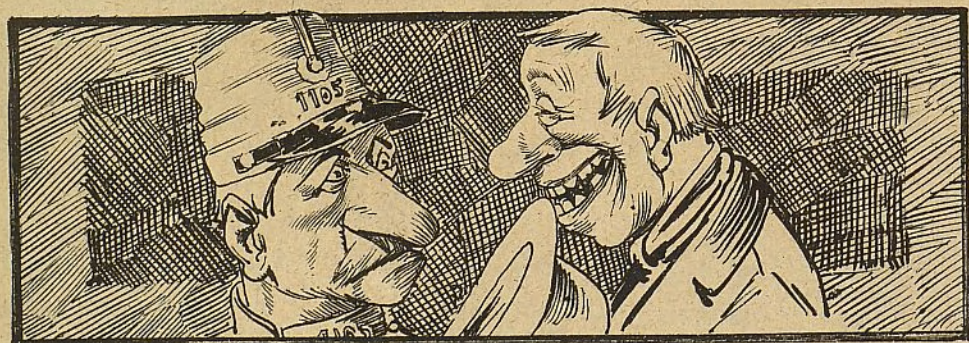
Con la mejor intención
y de tu bondad reflejo,
me diste, Guerra, un consejo,

no recuerdo en que ocasión.
Mucho te lo agradecí,
pero no lo aproveché

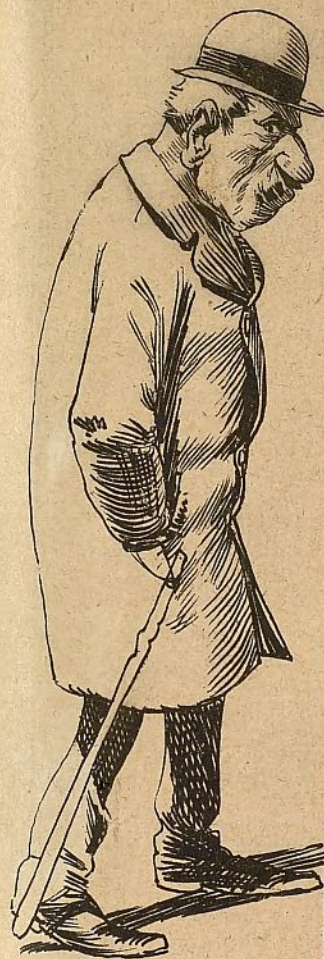
y he de decirte por qué
tal tontuna cometi.
Ya sabes... —¡no has de saber! —



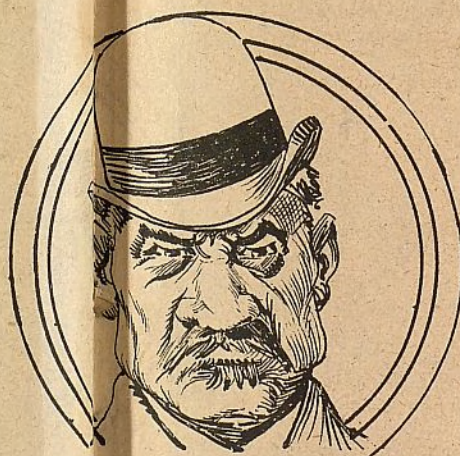
—¿Y qué hizo Vd. al ver a su esposa?
—Cuando yo entré, él estaba abrazándola; yo me les encaré; les dije: «¡Señores, esto no puede seguir así!» y me retiré con cierta majestad. ¡Le digo á Vd. que les dejé anonadados!



—¡Ay, que te conozco, que te conozco! Tu eres el mil ciento cinco



Anda muy preocupado
y le va á preguntar á un monaguillo
si podrá comer carne... de membrillo,
sin cometer pecado.



La hermosísima Consuelo,
verá usted si mira al suelo,
que tiene *bajos* muy majos
y cuando así son los *bajos*
¿cómo será el entresuelo?

que no he sido militar
y... (no me quiero acordar
de que lo he llegado á ser).

Durante tres años fui
soldado, por precisión,
y entre golpe y coscorrón
me enseñaron y aprendí
que la ordenanza castiga
las faltas leves ó graves

¡con qué castigos! ¡no sabes...
como yo no te lo diga!

Calabozos por allá,
correcciones por aquí,
sumarias por tanto así...

¡Que aquel'o ha pasado? ¡Cá!
Hoy, aunque libre, no puedo
olvidar que fui soldado
y aún estoy acobardado,

¡de veras! aún tengo miedo.

Por cualquier cosa me apuro;
por cualquier cosa medito
y, francamente, no admito
tus consejos, pues te juro
que la ordenanza me aterra
y aunque tu opinión respeto,
¡no quiero verme sujeto
nunca á *consejos de Guerra!*

JOSÉ CAMPO-MORENO

CARLANZA

Un tipo como hay muchos

Un romancillo
es lo que basta,
para que sepan
quien es Carlanza.

Talle de escoba,
brazos de espátula,
melon el cráneo,
la frente chata,
cóncavos ojos,
cejas pobladas,
nariz de gancho,
boca de rana,
lacio el cabello,
pobre la barba,
los pies forzados
sin consonancia,
negros los dientes,
gangosa el habla,
grandes orejas,
cuello-girafa,
en donde lucen
como papadas
tres promontorios...
¡Este es Carlanza!

Viste á la moda,
moda de Francia;
pantalón ancho
falto de trabas,

levita negra
y apollada,
sin más botones
que los que tapa,
largo chaleco
color de paja;
cónico fieltro
lleno de grasa,
botas enormes
desportilladas,
sucia camisa,
grande corbata,
lentes y junco,
guantes y... gracia
por esas calles
luce Carlanza.

En cuanto á prendas
morales, tantas
son las que tiene
que á todos pasma:
juega al chaquete,
toca la flauta,
canta *¡il mio cuore!*
mazurcas baila,
tira el florete,
come, si puede;
bebe... si pagan;
es en amores

un *Juan Manzana*,
un *Estudiante*
de *Salamanca*;
nada le arredra,
nada le espanta...
¡Qué desvergüenza
tiene Carlanza!

En cambio ignora
(por su desgracia)
lo que es *sentido*
común, y basta.
Si lee, bosteza;
rebuzna, si habla,
y en donde quiera
mete la *pata*.
Nunca ha sabido
lo que es gramática.
Si escribe, escribe
mil patochadas,
¡á él que le importan,
progreso y patria,
gloria y cultura,
si es un Don Trampa,
cuerpo raquítico,
desnuda el alma?

¡Ay, cuanto abundan
hoy los Carlanzas!

JOSÉ M.^a CODOLOSA

UNO DE TANTOS

— ¡Esta carta me prueba su delito!
¡La pérdida me engaña!...
¡Y con quién? ¡Con mi jefe!... ¡Es inaudito!
¡Ah, infames!... ¡ya veréis lo que os espera!—
Así exclama don Juan de la Espadaña
con justa indignación hecho una fiera.
— Habré de consentir que un fementido
el honor y la dicha me arrebate,
sin volver por mis fueros de marido?
¡La dignidad me exige que lo mate!

Y se lanza á la calle, decidido
á hacer un disparate.

Un mes, ó poco más, ha transcurrido...
— Y el insigne don Juan de la Espadaña
¡ha matado á su jefe!—No: ha ascendido.

LUIS RODRIGUEZ CABRERO



LA PRENSA COMEDIA ES
Y
POR ESO NO HAY TEATRO

Dice una frase vulgar que, cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas. Yo no paso de ser un pobre diablo, y puedo asegurar á ustedes que nunca he matado moscas con el rabo, ni con ninguna parte de mi individuo.

Pero sino en el susodicho apéndice, me parezco al espíritu del mal, siempre por testi nonio del vulgo, que cuando no resulta falso, por lo menos tiene hoja, en que á falta de asuntos grandes, me dedico á los chicos; y no echen ustedes á mala parte la dedicatoria.

Desde que escribí mi artículo anterior hasta el presente, se ha puesto en escena, en dos coliseos, el *Principal* y el *Eldorado* ó viceversa, un titulado sainete de un titulado Javier de Burgos. El país del apellido, prescindiendo del Papamoscas, es patria de un queso excelente; el nombre es sólo el de un autor de una parodia y no pocas equivocaciones, entre ellas, el sainete bailable ó el baile asainetado *El mundo comedia es ó El baile de Luis Alonso*. La parodia, y la llamo así por no titularla plagio, se llama *Los valientes*; y quien desee mas detalles que se los pida á *Escalante*, autor de la graciosa pieza valenciana *Matasiete y Espantaócho*, estrenada algunos lustros antes que la de Burgos.

Pero volvamos en sí, como dijo un fusionista; es decir, entremos de nuevo en el *Mundo*. Yo tengo el feo vicio de leer multitud de ecos de la opinión y de la prensa, y natural ó artificialmente, concedo preferencia á los de Madrid. Pues bien, cuando lei en los periódicos madrileños la letanía lauretana dedicada á Javier de Burgos y á su último parto, dije para mis adentros y casi para mis afueras: ¡Cuando querrá el Dios del cielo... no que la tortilla se vuelva, siro que veamos en Barcelona ese prodigio de gracia, de discreción, de galanura, de ingenio, etc., etc., etc.!

Lo vi por fin, en el *Principal*, y me he quedado como quien vé visiones, por cuya palabra pido perdón á María Cuello y á Matilde Ortiz, que están guapas inclusive. Es verdad que lo son de suyo y que no pueden volverse feas porque intervengan en una producción soporífera, que no tiene argumento, ni aun en estado de canuto, en la que *resultan* algunos chistes, cuando un actor tan discreto como García, los hace resaltar poco menos que metiéndolos con cuchara en las fauces del público, y que ni es sainete, ni cuadro de costumbres, ni cosa que se le parezca.

Después de verlo (el prodigio) hay que convenir en que si la gente de la tierra de María Santísima,

en el año cuarenta, era tal cual la pinta Javier de Burgos, la reputación que de graciosos disfrutaban los andaluces, es una usurpación de las que castiga el Código. El incidente entre Luis Alonso y la mamá de las niñas, por cuestión de cuartos, y el que surge entre la mamá y el zapatero, así como el de Luis y su compadre, tienen peor sombra que la suea de un zapato, que no hace reír, ni aun cuando ella se rie, partiéndose por gala, en dos. ¡Y pensar que para decir unas cuantas insulseces se obliga a hablar en andaluz falsificado á una compañía entera!

Esto, por si sólo, ya causaría horror, sino resultase mucho mas horripilante el espectáculo que ha dado la prensa de Madrid, poniendo á Burgos, con motivo de su última producción, al nivel de don Ramon de la Cruz ó un poco más alto.

Don Ramón de la Cruz pintaba las costumbres de su tiempo, presentaba tipos de la época; y con cuatro rasgos y otros tantos chistes, de buen ó mal género, pues de todo habia en la viña del señor... don Ramón etc.. dejaba descrito el personaje. En el sainete de Burgos, la acción pasa hace cincuenta años, no hay chistes, ni tipos, ni nada. ¿Quieren ustedes hacerme el favor, no deirme dos palabras, sino de decirme que semejanza hay entre *Las castañeras picadas*, verbi-gratia, y *El Mundo*... benderilleado, y solo por compasión no muerto á estoque, en que, me ocupo? Al que lo acierte, le regalaré un bombo de tamaño natural.

Y conste que no juzgo bombos todos los elogios, sino solo los injustificados. Por eso no creo manejar yo el susodicho instrumento, al consignar que García hizo un perfecto Luis Alonso; que Matilde Ortiz vistió con propiedad la *personaja* (!), bailó con donosura el schotish y dijo muy bien su corto papel, y que María Cuello mereció, en el suyo, aplausos que escatimó el público, porque estaba horrorizado de ver una obra tan extraordinaria y fuera de abono como la última de Javier de Burgos.

Pero es lo que debia decir la gente, recordando los famosos versos de las primitivas cajas de cerillas:

Si se suicida un amante
por haber perdido el seso:
¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?

O más claro: ¿qué culpa tenemos nosotros de que varios *periodiqueros* nos obliguen á abonarnos á castaña diaria?

Supongo que todos los lectores son discretos y por eso prescindo de dar mayores explicaciones respecto al título que encabeza este artículo. Sé muy bien que al buen entendedor con media palabra basta. Y ustedes son tan buenos entendedores que... dentro de tres dias no se oirá ya hablar del *Baile de Luis Alonso*, ni de otros muchos bailes, menos insípidos, aunque de peores consecuencias.

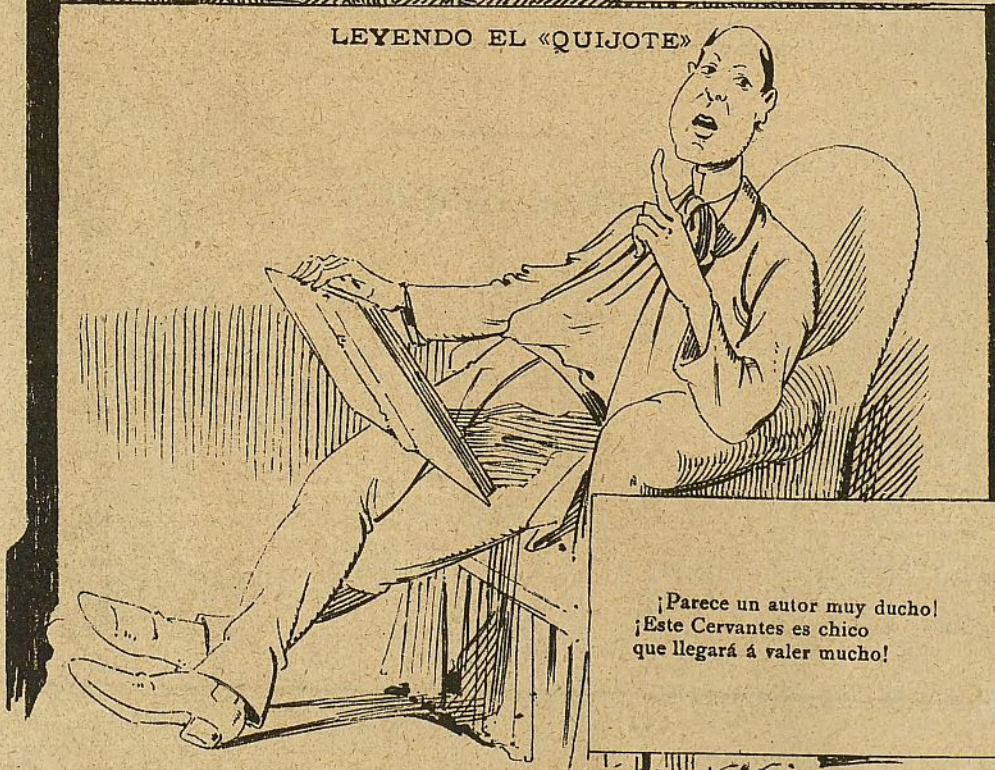
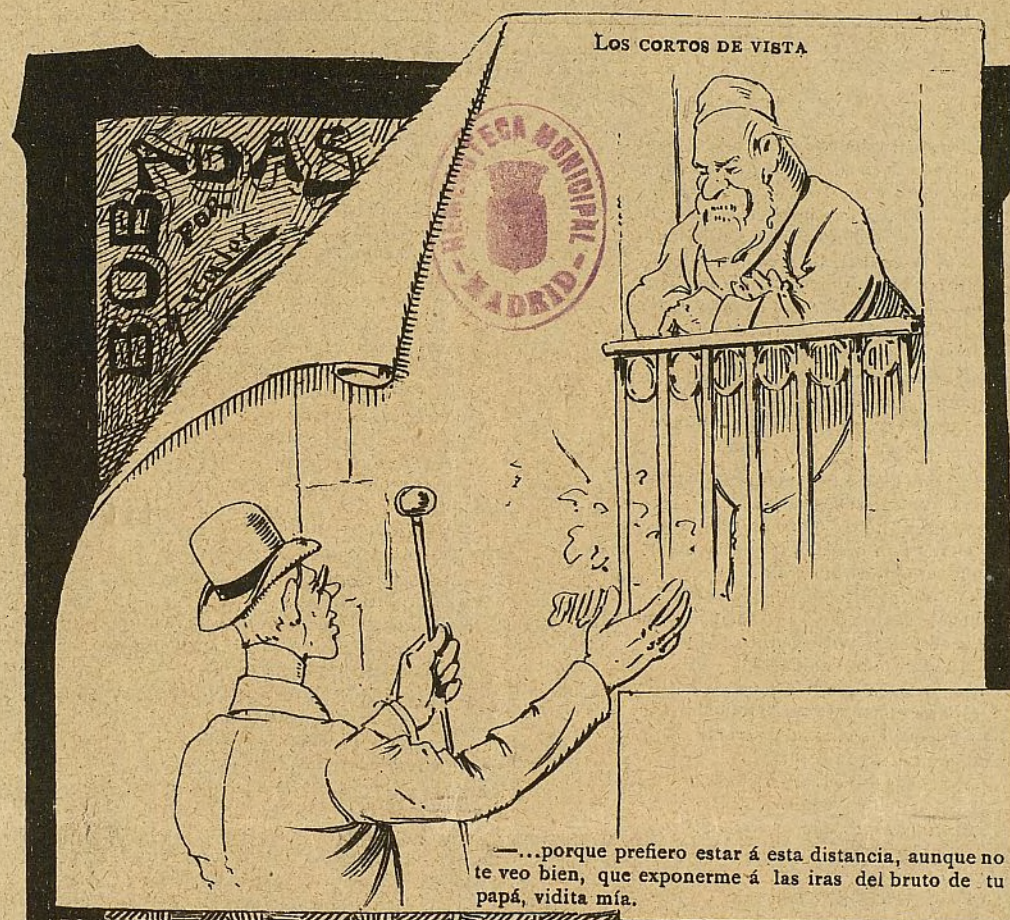
BLAS QUITO

POST SCRIPTUM.— Si toseis, tomeis... en vez de las pastillas Geraudel, una localidad para el *Circo Ecuestre*, donde trabaja, no en, sino al pelo, María Montes... cuando está buena.

Oyéndola y viéndola, se curan los constipados aunque sean crónicos. No respondo de lo que suceda haciendo uso de los otros tres sentidos.

CANTARES, POR ESCALER





UNA OPINIÓN

Si ustedes me conceden un momento,
voy á exponer mi franco pensamiento
sobre ese amor *divino*

que influye casi siempre en el destino
de los que rinden culto al sentimiento.

Yo, la verdad, señores, no lo juro,
pero creo hace tiempo á *pié juntillo*
que el amor es un vicio cuando es *puro*
y que no es ni aun amor cuando es... *pitillo*.

Aunque alguno me ponga como nuevo,
que no me extrañaría,
trataré de explicar mi teoría
(y ustedes me perdonen si me atrevo).

El que ama á la mujer sencillamente
para hacerla su esposa,
cumple, al fin, la doctrina religiosa
y ejercita un derecho honradamente.

Esto, si lo comprendo,
y me parece bien de todos modos...
¡Pché! ¡si siempre lo estamos maldiciendo
y acabaremos por casarnos todos!

Pero al pobre chiflado
(y de estos si que hay muchos en la vida)
que está constantemente enamorado
de alguna Dulcinea entrometida
sin ver si es guapa ó fea,
porque el caso es amar ¡sea á quien sea!
le coloco en el gremio de *infelices*
que no ven más allá de sus narices.

Yo soy franco y confieso
que no he tenido novia todavía,
ni sé tampoco á lo que sabe un beso.
¿Qué por qué? Pues por eso:
porque es una solemne tontería.

Y sé lo que es amor, pues he sentido
mi sér estremecido

por la emoción extraña y deleitosa
de que el hombre se siente poseído
cuando le mira una mujer hermosa.

Pero he vencido la pasión vehemente,
porque tengo presente
que no puedo casarme todavía
y ese amor sin objeto... serviría
para perder el tiempo inutilmente.

¿No es verdad que es cargante y lastimoso
eso de estar tres horas
arrimado á una esquina haciendo el oso,
para ver el semblante á las señoras,
y hacer esas caritas,
que en lenguaje pedestre estan escritas,
jurando amor eterno,
y hablar estupideces con la mano
sudando como un pollo en el verano
y helándose de frío en el invierno?

Y aunque no necesite sujetarse
á tantas exigencias el que adora,
¿para qué subyugarse
al capricho pueril de una señora?

Es cien veces mejor la independencia
del que obra libremente
sin más dique moral que su conciencia;
y se puede vivir perfectamente
sin alentar ridículas pasiones
ni andar cándidamente
robando femeniles corazones.

Ahora vean ustedes la doctrina
que en consecuencia saco:
¿Qué es amar sin objeto? Una rutina
como tomar café, fumar tabaco...

Y siempre que el amor tienda sus redes
sin ánimo de hacer la boda pronto,
¡no lo duden ustedes!
¡será un vicio inocente, pero es tonto!

EMILIO DE MOTTA.

QUIEN A HIERRO MATA...

(FABULA)

— «¡Ten compasión de mí, querida hermana!» —
le decía una rosa medio mística,
con voz llena de angustia,
cierta mañana del Abril á Juana;

«Yo adorné tu cabeza
mientras aquel doncel te contemplaba
y yo aumenté la sin igual belleza
por que él, enamorado, suspiraba.

¡Oh, qué feliz me hiciste con el beso
que dejaron impreso
esos tus labios dulces, seductores
y ricos en colores,
en mis pintadas hojas! ¡Con qué loca
pasión, con qué alegría
deposité en tu boca,

tan pura como virgen, la fragancia
que mi entreabierto caliz despedía!

Mas, ¡ay!; tu, ingrata hermosa,
no sabes apreciar aquel cariño
que te mostró la desgraciada rosa;
y hoy, al verme ya ajada,
olvidándolo todo,
me arrojas, despiadada,
sin compasión, en el inmundado...

Pero, sorda á estas súplicas, al suelo
tiró la rosa Juana,
fué al jardín y cogió otra más lozana
que puso entre los bucles de su pelo.

.....

¿Y qué ha sido de Juana? En la memoria de quien la conoció vive su historia: una historia sombría...

En los primeros años fué el radiante astro de moda que brilló en el mundo: vistió sedas, lució oro y pedrería; tuvo criados, coche...

Luego, quedó sumida en el profundo silencio de la noche.

Va nadie de ella habló: negra pavora velaba su semblante demacrado, en tanto que dos perlas de amargura brotaban de sus ojos, ojos un tiempo vivos, de miarda serena y expresivos, y hoy ya apagados por el llanto, y rojos.

Y cuentan que murió, poco hace, loca, víctima de un amante poderoso

que le había jurado ser su esposo; pero que, al verse de sus gracias dueño, la arrojó de sí hastiado de igual modo que Juana en su niñez también hubo arrojado aquella rosa mustia que, lozana, hizo su cabellera tan hermosa.

Cuando exhaló el suspiro postrero, una sonrisa cariñosa crispó sus labios y mirando al suelo murmuró:—«¡Pobre rosa!» mientras el alma se elevaba al cielo.

Al otro día, cuando la campana con lúgubre tañido, anunciaba su muerte tan temprana, también ya arrepentido su amante murmuraba:—«¡Pobre Juana!».

JOSÉ PUYOL BOSQUE.

CHIRIGOTAS

Ante todo, permítannos Vds. que cumplamos un deber de hombres bien nacidos, dando las más sentidas gracias á *El Imparcial*, por los inmerecidos elogios que nos dedica en su hoja literaria del lunes.

La bondad del colega es mucho mayor que nuestros merecimientos, pero no tan grande como nuestra gratitud.

Conste.

✱

Se ha descubierto en el Tesoro de la Isla de Cuba una nueva irregularidad, que, según los telegramas, asciende á 110 000 duros.

Yo creo que el autor de la hazaña *no será habido*.

Y me fundo para creerlo en que generalmente los que cometen esta clase de desaguisados se *anexionan* el dinero... y se quedan tan frescos.

O sino, dílo tú ¡oh, IGNACIO GUEROLA, aprovechado industrial valenciano, que sigues ¡ay! reteniendo en tu poder aquella cincuentena de duros que me pertenece!

✱

OBRAS:—La *Biblioteca Util*,—que justifica su título, y este es el mejor elogio que de ella puede hacerse—ha publicado el tomo V de su colección. Se titula *Mitología popular* y se vende en las principales librerías y en casa del editor, D. Eugenio Sobrino, en Madrid, al precio de 1 real.

Tres noches, hermoso poema de nuestro amigo y compañero de redacción D. Ricardo J. Catarineu. Precio: 2 pesetas

✱

En un pueblo de la provincia de Málaga hay vacante una plaza de médico, dotada con el haber anual—entiéndanlo Vds. bien: *anual*—de QUINCE PESETAS.

Así lo dice el *Boletín Oficial* de aquella provincia.

Pero lo que no dice el *Boletín*—y lo digo yo—es que á una plaza favorecida con un sueldo así, debía asignarsele un sobre-sueldo.

El preciso para curarse de las indigestiones que pueden tomarse con *quince pesetas anuales* de asignación.

CORRESPONDENCIA

I. B. P.—Barcelona.—Muy Sr. mio: el objeto de la presente es notificar á V. que no se escribe *aséntila, berovna, varbian ni tigras*. De V. atento. s. s. etc. etc.

E. M. G.—Barcelona.—¡Andal! pues si versificas V. divinamente! Lástima que la idea resulte algo confusa; que si no...

¡Plancha!—Y algo semejante digo á V. La versificación es fluida, pero el asunto es viejo, viejo...

M. M. M.—Madrid.—Así me gustan: cortitas y bonitas. Mandela firmada

Tildi—Chita.—Si son buenos ¿por qué no?

F. V.—Valencia.—Mal hecho no está. Pero parece copia del que publicó el *Madrid Cómic*. Y como aquí tenemos á Escaler, que creo que los hace bastante bien.

V. C. D.—Gijón.—¡Oh, V. C. D., de Gijón!

¡Quina versificación!

J. G.—Barcelona.—Saldrá, pero con la verdadera firma de V. Porque... Dios me perdone; creo que, á pesar del mucho tiempo transcurrido, conozco la letra.

J. N. M.—Barcelona.—No; no recuerdo haberlo recibido. ¿Quiere V. volverlo á mandar? Escribiré allí.

El Casto.—¡Anda, anda! Pues si no llega V. á serlo... Porque es el caso que el final ese es de un verde rabioso; tan rabioso que... En fin, muy rabioso.

B. de A. C.—Barcelona.—Si, señor: llegó, y me gustó mucho, como todo lo que he leído de V. Y lo hubiera publicado, si no estuviéramos, como estamos, muy sobrados de artículos.

Un admirador.—Gracias por el aviso. Pero ¿no le parece á V. que eso no merece contestación?

Zangá. Zangá.—¡Demonio, esto es muy triste! Guárdelo V. para cuando salga *La Semana Fúnebre*.

J. S.—Santiago.—Agradezco la oferta, pero... es el caso que ya tenemos corresponsal en esa. Y como tiene la exclusiva...

Guillermo de Loja.—Madrid.—Mande la firma.

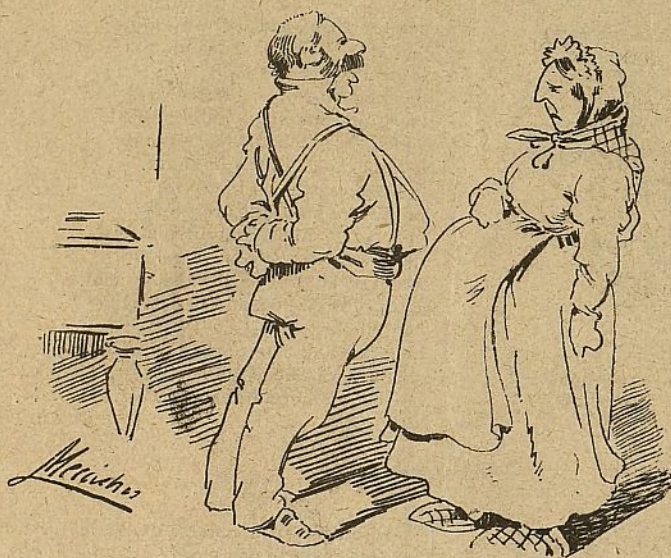
Señores. Chichito, Guitarra, Cara Cáliz, Edmundo San-
vén, R. H. N. J., ¿Me conoce V.? El Marqués de la Intem-
perie, Piter y Karioquinesis.—F. Q., Ego, V. M. P., Diabo-
lin, E. L. A., R. M., Pateta, J. P. B., Un cabo y L. C.
(Barcelona).—A. G. (San Martín de Provensals).—M. Z.,
Terciopelo y Compañía, y F. V. (Madrid).—A. G. A. (Ha-
ro).—J. M. (Gracia).—Sus composiciones no son publicables.

Y perdonen Vdes. que les conteste así, en montón.

Por cierto que
queda uno muy regular
de cartas por contestar.

Imp. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9. (pasaje).

REFRANES, POR «MECACHIS»



Más vale tarde que nunca.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL

exclusivamente encargado de la venta de

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID:

D. JULAN RODRIGUEZ,

KIOSCO DE LA UNIVERSIDAD

PLAZA DE SANTO DOMINGO

donde expende también toda clase de libros, periódicos y objetos de escritorio.

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,

SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA

Sra. Viuda de Pozo é Hijos

GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55, Librería.

HABANA.

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO.

VERTALLANS, 3, 1.º BARCELONA

Publica artículos y poesías de los mejores escritores y láminas de los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera..	'	2'50 "

En Ultramar y en el Extranjero, fijarán los precios los señores corresponsales.

NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

ADVERTENCIA.—Reimpresos todos los números agotados, en breve se pondrán á la venta colecciones de los dos últimos años, al precio de 8 pesetas para los señores suscriptores y 10 para los que no lo son.

Veritatis p. Blas

Emiliano Hernandez

con Girona

Ayuntamiento de Madrid